Entregas 9 y 10.

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA

VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,

RECREATIVO Y PINTORESCO.

HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,

PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS

Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

por

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, n.º 24 y 26.
1872.

Madrid. Toledo. Ciudad-Real Cuenca. Guadalajara Zaragoza. Huesca. Teruel. Barcelona. Tarragona. Lérida. Gerona. Valencia. Alicante. Castellon. Murcia. Albacete. Córdoba. Jaen. Granada. Almería. Málaga. Sevilla. Cádiz.

Huelva. Badajoz. Cáceres. Leon. Salamanca. Zamora. Oviedo. Búrgos. Valladolid. Palencia. Ávila. Segovia. Soria. Logroño. Santander. Álava. Guipúzcoa. Vizcaya. Coruña. Lugo. Orense. Pontevedra. I. Baleares. Navarra.

ISLA DE CUBA.

PUERTO-RICO. FILIPINAS. FERNANDO POO.

ISLAS CANARIAS.

L47
2902

L47-2902

gonés, de quien tendrémos ocasion de hablar extensamente, estaba sitiando á Bayona.

—¿Y su hijo y hermano del Rey?

—Este supo apreciar de tal modo la generosidad de Alfonso, y le sirvió tan lealmente, que obtuvo la confianza de su hermano en términos que este le confió la tenencia de Toledo, que era la mas importante de Castilla.

—¿De modo que tranquilo respecto del interior podria emplear todas sus fuerzas contra los infieles?

—Antes sostuvo una pequeña guerra en Portugal, que le proporcionó el vasallaje de aquel reino, reconociéndose como su tributario el jóven rey D. Alfonso Raimudez.

—¿Y por qué se le concedió el título de emperador?

—Alfonso guerreó enérgicamente contra los infieles, haciendo una atrevida excursion por Andalucía llegando hasta Cádiz, y retirándose á sus Estados despues de haber recogido un cuantioso botin. Por esta razon, y porque á consecuencia de ciertos acontecimientos ocurridos en Aragon, y de los cuales os hablaré á su tiempo, se vió dueño de algunas plazas importantes de este reino, reconocido como señor por su monarca y por el de Navarra, que ambos solicitaban su apoyo, determinó coronarse emperador.

—Ya se ve, como era el primer rey que se veia con tantos Estados, natural parece que aspirase á ser mas que sus antecesores.

—Con este objeto reunió Cortes en Leon en el año de 1135, las que se celebraron con toda solemnidad en la iglesia mayor. En ellas estaba D. Raimundo, arzobispo de Toledo, que habia sucedido á D. Bernardo, y en ellas se le proclamó emperador.

—¿Y al año siguiente fue cuando ese D. Raimundo aumentó la poblacion de Alcalá con los vecinos que todavía quedaban en la antigua?

—Y con nuevos pobladores que el Monarca llevó de otros puntos, concediéndoles grandes fueros, que aumentaron los demás arzobispos que se sucedieron en aquella sede episcopal, concediendo á Alcalá gran número de privilegios tanto Alfonso VII como sus sucesores.

—¿Y los infieles no volvieron á atacarla mas?

—Sí; pero fue muchos años despues.

—Habria ya muerto el Emperador.

—Sí; reinaba á la sazon Alfonso VIII, nieto de aquel y tan bravo y esforzado. En una de sus excursiones por Andalucía llegó hasta Algeciras, donde lanzó un atrevido reto al caudillo de los almohades.

—¡De los almohades! ¿Eran estos acaso pertenecientes á otras tribus ó á otras provincias musulmanas?

—Sí; y cuando lleguemos á Zaragoza y á Andalucía tendrémos ocasion de conocer detenidamente á todas estas razas. Yakub Almanzor, que era el jefe de aquellos, aceptó el reto, y haciendo una gran convocatoria en sus Estados de África para aquella guerra santa, reunió inmensa muchedumbre de infieles, y pasando el Estrecho desembarcó en las costas andaluzas, penetrando resueltamente en el reino de Toledo, arrollando cuanto á su marcha se oponia.

—¿Y qué hacia el rey de Castilla?

—Apenas supo la entrada de los moros demandó ayuda á los monarcas de Portugal, Aragon y Navarra.

—¿Y se la negaron?

—No; pusiéronse inmediatamente á levantar gente; pero como la cuestion era de momento, pues los infieles avanzaban sin detenerse, no tuvo mas remedio Alfonso VIII que ponerse al frente de sus castellanos y acudir á contener la marcha del africano.

—Tal vez ansioso de gloria queria tentar la suerte y ver si él solo podia vencer al enemigo.

—Presumible es, y todos los historiadores le han censurado por su precipitacion, al mismo tiempo que tambien la lenidad de sus aliados.

—¿Es decir que los moros quedaron triunfantes?

—Alfonso VIII reunió su ejército y marchó á oponerse á los moros en Alarcos; pero era tal la multitud de infieles, que no bastó ni el valor de los castellanos ni el arrojo del Monarca y sus caballeros. En aquella sangrienta jornada perecieron muchos y muy nobles señores, y los sectarios del Profeta pudieron pasearse impunemente por el reino de Toledo, llevando la matanza y el exterminio por doquiera.

—Desgraciado estuvo el monarca de Castilla.

—¡Oh! pero bien supo vengar mas tarde su desgracia en las Navas de Tolosa.

—¡Ah! ¿con qué fue este mismo el de las Navas?

—Sí. Pero á su tiempo nos ocuparémos de ese hecho de armas.

—De modo que estando los moros en Toledo llegarian quizás á Alcalá.

—Ya lo creo; al año siguiente presentóse Yakub ante los muros de esta ciudad.

—¿Y la tomó?

—Refugiáronse tras de sus murallas todos los habitantes del llano, y de tal modo se defendieron, que el feroz musulman tuvo que levantar el cerco, contentándose con haber devastado todo su campo.

—Es decir, que Alcalá supo hacerse respetar.

—Mucho. Dos ó tres veces intentó tomarla por asalto, y otras tantas fue rechazado con pérdidas considerables. Todo lo que habia sido venturoso en las batallas campales fué desgraciado en el asedio de plazas, pues ni en esta correría ni otras que repitió al poco tiempo consiguió posesionarse de ninguna de las plazas que en otros tiempos pertenecieron á los suyos.

—¿Y el Monarca no pudo acudir en socorro de estas poblaciones?—preguntó Pravia.

—Harto tenia que hacer rechazando las agresiones de los reyes de Leon y de Navarra. Las poblaciones tuvieron que obrar por sí solas, sin que á nada mas que á sus propios esfuerzos debieran su salvacion.

—Imposible parece que los infieles no se aprovecharan mas ventajosamente de las divisiones de los cristianos.

—Porque entre ellos faltaba la cohesion necesaria, que á tener mas unidad, á no

estar tambien debilitados por sus discordias civiles, y á no destruirse mútuamente, sabe Dios á qué extremo hubiera llegado la nacion, gracias á las rivalidades, á las ambiciones y á los desaciertos de los monarcas cristianos.

XII.

D. Sancho (el Bravo).—Su testamento en Alcalá.

Nuestros amigos apenas se apercibian del tiempo que pasaba.

El mismo Azará se lo recordó varias veces diciéndoles:

—Pero, compañeros, ¿no nos acostamos esta noche?

—¿Quién piensa en acostarse ahora—contestaban,—escuchando esas descripciones históricas que con tan buen colorido estás haciendo?

Y Azara se veia obligado á continuar.

Mas, al terminar el relato anterior, el aragonés indicóles la necesidad que tenian de reposo si al dia siguiente habian de ponerse en marcha para Guadalajara, ofreciéndoles que les llamaria mas temprano, al objeto de terminar la narracion histórica de Alcalá antes de llegar á la ciudad donde pensaban detenerse.

Oponiendo algunas objeciones consintieron por fin, y al dia siguiente, á las seis de la mañana, vistiéronse apresuradamente, y mientras se desayunaban dijo Pravia al aragonés:

—Vamos, vamos, cuenta si es que queda algo mas.

—Ya lo creo; si apenas nos hemos ocupado de la tercera parte de los hechos que han tenido lugar en Alcalá.

—Pues empieza.

—Ahora tenemos de un salto que salvar la distancia que media entre la famosa derrota de Alarcos y la muerte de D. Sancho IV.

—¿Qué tiempo medió entre uno y otro suceso?

—Un siglo.

—¿De modo que cuántos reyes hubo en ese espacio?

—Antes debo deciros que á la muerte de Alfonso VII habíase vuelto á dividir la corona de Castilla y Leon, ocupando el solio de Castilla en ese tiempo Sancho III, Alfonso VIII, Enrique I, y su hermana D.ª Berenguela, quien hizo cesion en su hijo Fernando III, el Santo; y en Leon, Fernando II y Alfonso IX, por cuya muerte le sucedió su hijo Fernando III, reuniéndose otra vez las dos coronas para no separarse ya mas. Á Fernando III sucedió su hijo Alfonso X, el Sábio, y á este Sancho IV, de quien vamos á ocuparnos.

—¿Y en todo ese tiempo y con tanto monarca no ocurrió nada de verdadera importancia para Alcalá?

—Al menos que yo recuerde, la historia nada dice de ella. Posible es que fuese visitada en mas de una ocasion por los monarcas de Castilla, por los mismos reyes de Aragon, que unas veces como amigos, y otras como enemigos, entraban hasta el corazon

de Castilla; pero de eso á que ocurriera un hecho notable, que es lo que la historia registra en sus páginas, hay alguna distancia.

—Sin embargo la visita de un rey...

—Entonces, amigos mios, eran mas frecuentes las visitas de los monarcas á sus pueblos, y por lo tanto no causaban el efecto de hoy. Las guerras, las convocaciones de Cortes, los tratados y los convenios se celebraban donde mejor convenia, y á los monarcas rara, muy rara vez los veréis en todos esos siglos ocupar un año entero sin salir de una poblacion.

—De esta manera, á la vez que se cuidaban de las cosas de la guerra, atendian á las necesidades de los pueblos.

—Y castigaban los desmanes de los nobles cuando hacian alguna sinrazon á sus vasallos, como hizo este rey D. Sancho en Toledo, donde llegó y supo que varios caballeros habian cometido varias violencias respecto á sus inferiores, violencias de las que resultaron muertes y escenas de pillaje y destruccion. Informóse, y conoció que el alcalde mayor D. García Álvarez no procedió en el castigo con la rectitud y energía necesaria por el parentesco ó la amistad que le unia con los culpables, y dió órden para que el Alcalde, su hermano y otros nobles fuesen muertos inmediatamente, cuya sentencia se ejecutó sin dilacion alguna.

—Ese proceder me agrada. Si la ley se ha de respetar, es necesario que sea igual para todos.

—Precisamente este D. Sancho, de quien nos ocupamos, por lo mismo que habia faltado á ella durante su juventud, parece que tomó mas empeño en hacerla respetar durante su reinado.

—Es verdad; ahora recuerdo—dijo Castro—que ese D. Sancho se sublevó contra su padre Alfonso *el Sábio*.

—Y precisamente este era el hijo á quien mas queria; pero semejante borron, culpa tal vez de aquellos nobles revoltosos y turbulentos que para medrar no vacilaban en indisponer al padre con el hijo y al hermano con el hermano, supo ó trató de borrarlo con los hechos de su reinado.

—¿No fue en la época de este en la que tuvo lugar el famoso rasgo de patriotismo de Guzman en Tarifa?

—Sí.

—¿Nos le vas á referir?

—No; porque no es de este lugar, y cuando en nuestro viaje lleguemos á aquella poblacion nos encontraríamos con un vacío en la historia.

—Tienes razon. Cuenta, que nadie mejor que tú sabrá la forma en que ha de hacer su narracion.

—D. Sancho el Bravo, lo mismo que sus predecesores, tuvo que luchar y luchó efectivamente con los señores de su corte, especialmente con las poderosas familias de los Haro y de los Laras, teniendo necesidad en mas de una ocasion de transigir con ellos por la necesidad en que estaba de sus lanzas y de sus gentes de guerra, para las que habia de sostener bien contra los infieles, bien contra los reyes sus vecinos.

—¿No tuvo este Monarca por esposa á una mujer de gran talento?

Sí por cierto; D.ª María de Molina es una de las grandes figuras de su época. A sus consejos, á sus gestiones, porque si D. Sancho no dejó de viajar de un punto á otro durante su breve reinado, su esposa no se estuvo queda tampoco, se debieron en gran parte muchos de los arreglos y transacciones que se ajustaron tanto con aquellos magnates ambiciosos y turbulentos como con los monarcas contemporáneos.

—¿Y qué tuvo que ver este Rey con Alcalá?

—Los últimos dias y el postrer acto de su reinado tuvo lugar en esta ciudad.

—Segun se desprende de tus palabras, su reinado fue muy corto.

—Once años. Murió á los treinta y seis. Su existencia fue muy agitada; desde su primera rebelion contra el autor de sus dias, no tuvo paz ni sosiego un solo instante: siempre enfrenando ambiciones, siempre castigando severamente desafueros y luchando contra los enemigos del exterior, ni pudo atender á su salud, ni era tampoco posible que pensara en el reposo y la tranquilidad. En 1295, despues de haber hecho una nueva correría por Vizcaya con objeto de arrojar del país al rebelde D. Diego Lopez de Haro, que todavía andaba revolviendo el país con sus pretensiones á aquel señorío, se refugió precipitadamente en esta ciudad, sintiéndose nuevamente indispuesto.

—¿Y falleció aquí?

—No. Temeroso de que la muerte le alcanzara antes de haber cumplido con sus reinos, apresuróse á hacer testamento.

—¿De modo que se encontraria cási solo en esta poblacion para un acto tan solemne?

—No lo creais. El arzobispo de Toledo, su tio el infante D. Enrique, los maestres de las órdenes militares, su esposa y gran número de prelados y ricos hombres hallábanse á su lado, y en presencia de aquellos hizo el testamento, dejando por tutora de su hijo Fernando, que tenia nueve años á la sazon, á su madre D.ª María de Molina, cuya prudencia, entendimiento y energía pusiéronse á prueba de una manera notable durante aquella minoría.

—Efectivamente, la he oido citar con grande elogio.

—El Rey hizo jurar á D. Juan Nuñez de Lara, á aquel mismo que tantas perturbaciones y disgustos le ocasionara, que no se separaria nunca de su hijo «hasta que tuviese barbas,» palabras textuales que se encuentran en las crónicas de aquel tiempo.

—¿Y dónde murió ese Rey?—preguntó Castro.

—Despues que hubo ratificado solemnemente su testamento, se hizo trasladar á Madrid, desde cuyo punto fue conducido á Toledo en hombros, donde espiró al poco tiempo.

—¿De modo que Alcalá puede vanagloriarse de haber sido visitada muchas veces por los monarcas?

—En esos tiempos, como ya os dije, los lugares mas insignificantes lo eran; pero Alcalá especialmente por la importancia que ya tenia en sí, por su posicion, y por encontrarse en el camino de Aragon, lo fue con mas frecuencia, teniendo en ella lugar hechos muy importantes como el que ahora os voy á referir.

—¿Del reinado del hijo de D. Sancho?

—No; de D. Fernando IV no tiene mas recuerdo Alcalá que una entrevista que celebró este Rey con el de Aragon, al objeto de prepararse para emprender la guerra contra los moros. Os hablaré de su hijo.

—Habla, habla.

—Y un poco de prisa que he de ir, pues no nos queda ya mucho tiempo.

—Aprovechémosle.

Y los tres amigos esperaron con avidez las frases de su compañero.

XIII.

D. Alfonso XI.—Cortes de Alcalá.

—Alfonso XI—dijo Azara—comenzó á reinar demasiado jóven; mas á pesar de su corta edad demostró toda la energía de que se hallaba dotado y el conocimiento que tenia de los males que afligian á su país.

—¿De modo que Castilla tuvo que pasar por otra minoría, pues, si mal no recuerdo, D. Fernando IV murió tambien muy jóven.

—Sí, y minoría desastrosa, á pesar de los esfuerzos de la esforzada reina D.ª María de Molina, á quien cupo la suerte de alcanzar tres épocas llenas de azares, y en las que constantemente estuvo poniendo á prueba su buen juicio y su claro talento. Á su muerte, ocurrida cuando su nieto Alfonso XI contaba solo diez años, quedóse la nacion á merced de aquella nobleza desmoralizada y altanera, que sin ley ni freno pisoteaba las leyes, no reconociendo otro medio que la fuerza para realizar sus planes.

—¡Terrible época!—exclamó Castro.

—Cuanto os diga es poco. Habia nobles convertidos en ladrones, y ladrones que verificaban sus escandalosos latrocinios al abrigo de una impunidad mas escandalosa todavía (1). Los tutores del Rey miraban solo su particular interés, y cada uno obraba por cuenta propia; así que los desmanes y las tropelías se sucedian sin interrupcion. Alfonso XI, dotado de una penetracion superior á su edad, educado en medio de aquellos

(1) En prueba de que el cuadro que Azara presentaba á sus amigos no tenia nada de exagerado, hé aquí en qué términos se expresan las crónicas de aquel tiempo: «Todos los Ricos-omes et los caballeros vivian de robos et de tomas que facian en la tierra, et los tutores consentiangelo por los aver cada unos de ellos en su ayuda. Et cuando algunos de los ricos-omes et caballeros se partian de la amistad de alguno de los tutores, aquel de quien se partian destroiale todos los logares et los vasallos que avia, deciendo que lo facia á voz de justicia por el mal que fecieran en quanto estaban con la su amistad. Otrosi, todos los de las villas cada unos en sus lugares eran partidos en vandos, tan bien los que avian tutores, como los que los non avian tomado. Et en las villas que avian tutores los que mas podian apremiaban á los otros, tanto porque avian á catar manera como saliesen del poder de aquel tutor, et tomasen otro, porque fuesen desfechos et destroidos sus contrarios. Et algunas villas que non tomaron tutores, los que avian el poder tomaban las rentas del rey, et apremiaban los que poco podian, et echaban pechos desaforados... Et en nenguna parte del regno non se facia justicia con derecho; et llegaron la tierra á tal estado, que non osaban andar omes por los caminos sinon armados, et muchos en una compañia porque se podiesen defender de los robadores. Et en los logares que non eran cercados non moraba ninguno; et en los logares que eran cercados mantenianse los mas dellos de los robos et furtos que facian; et en esso tan bien avenian muchos de las villas, et de los que eran labradores, como los fijos-dalgo: et tanto era el mal que se facia en la tierra que aunque fallasen los omes muertos por los caminos non lo avian por estraño. Nin otrosi avian por estraño los furtos, et robos, et daños, et males que se facian en las villas nin en los caminos. Et demas desto los tutores hechaban muchos pechos desaforados, et servicios en la tierra de cada año.» (*Crónica de D. Alonso Onceno, atribuida á Juan Nuñez de Villazan, cap.* 40).

desórdenes y ambiciones, presenciando niño todavía el poco caso que del monarca se hacia y el desdoro con que se trataba la corona, formó su corazon entre la cólera que le causaban semejantes desafueros y el afan de venganza que le consumia; así fue que á los catorce años manifestó su resolucion de gobernar por sí mismo el reino, para cuyo efecto reunió Cortes en Valladolid, en las cuales se le declaró de mayor edad, se le concedieron algunos subsidios, y él en cambio confirmó los fueros y privilegios de las ciudades cuyos representantes acudieron á las Cortes.

—¿Y no encontró oposicion decidida el Rey por parte de aquellos mismos tutores que tan buen negocio estaban haciendo con la regencia?

—Por el momento asintieron de buen grado, confiando en que mas tarde harian del Rey un juguete que manejarian á su antojo; mas cuando vieron al poco tiempo que no era así, cuando vieron que un niño de quince años, al saber que el infante D. Juan el Tuerto andaba en tratos con los reyes de Aragon y Portugal para entrar por las tierras del castellano, ocultó su resentimiento y le invitó á que pasara á verle para tratar de la guerra con el infiel, y cuando aquel llegó confiado mandóle apuñalar igualmente que á dos caballeros que le acompañaban; cuando vieron que arrasaba el castillo de Valdenebro, haciendo ejemplar castigo en sus moradores, acusados de robos y exacciones desenfrenadas, comprendieron que era un niño con quien no se podia jugar impunemente.

—Sí que el mozo inauguraba de una manera terrible su reinado.

—¿No fue este Monarca el de los amores con D.ª Leonor de Guzman?—preguntó Castro.

—Sí. Amores que produjeron horribles desgracias en el reinado siguiente. Hacia dos años que se habia casado con D.ª María de Portugal, cuando, al llevar la guerra al territorio ocupado por los musulmanes, conoció en Sevilla á D.ª Leonor de Guzman, que al decir de las crónicas era una mujer de incomparable hermosura. El Rey tenia á la sazon diez y siete años, y diez y nueve la dama, y la pasion que D. Alfonso sintió por ella fue tan vehemente, que ni el tiempo, ni las perturbaciones que sembró en sus reinos fueron bastantes para hacerle quebrantar aquel ilícito yugo.

—¿Y qué hacia entre tanto la desdeñada esposa?

—Vivir abandonada ora en Valladolid, ora en Búrgos, ora en cualquier otro castillo, sin caballeros, sin cortesanos, sin esposo, porque unos y otro rodeaban á la favorita, cuya influencia en el corazon del Monarca aumentaba cada dia.

—¿La batalla del Salado no fue ganada por este Rey?

—Sí, y Algeciras tambien despues de un sitio de veinte meses, en el cual demostró el Monarca su valor y su constancia.

—¿Y cuándo estuvo aquí en Alcalá?

—Ahora llegamos precisamente. D. Alfonso no contemplaba con satisfaccion que los infieles ocupasen la plaza de Gibraltar, y despues de su gran triunfo de Algeciras preocupábase acerca de los medios que habia de emplear para arrojarlos de aquel punto. Necesitaba grandes recursos, y para allegarlos reunió Cortes en Alcalá de Henares en el año 1348.

—¿Y en qué sitio tuvieron lugar?

—Segun parece, en el palacio episcopal.

—Pues si esas obras parecen mas modernas.

—Es que las construcciones nuevas se hicieron utilizando lo que habia aprovechable en las antiguas.

—Eso es otra cosa.

—Estas Cortes de Alcalá fueron célebres por mas de un concepto. En primer lugar, por la disputa que sostuvieron dos grandes ciudades, y en segundo, por la importancia de las leyes que se establecieron en ellas.

—Sepamos cuál fue esa disputa—exclamó Pravia.

—Las ciudades que enviaron diputados á estas Cortes fueron, si no recuerdo mal, diez y siete; pero, entre ellos, los de Búrgos, Leon, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y Toledo, como de cabezas de reino, tenian asiento fijo; los de las otras se sentaban y votaban sin guardar regla alguna. En estas Cortes promovióse el altercado entre Toledo y Búrgos sobre preferencia de sitio, alegando cada una sus preeminencias y sus fueros.

—¡Caramba! sí que era grave la cuestion en unas circunstancias como aquellas, y requeria un gran tacto en la persona que tratase de dirimirla—dijo Sacanell.

—Así lo comprendió el Rey, y terminó la cuestion de una manera ingeniosísima. Dejó á Búrgos que ocupase el primer lugar y el primer voto como hasta entonces tuviera, y á Toledo le señaló asiento frente al suyo, usando el Monarca de la siguiente fórmula: «Yo hablo por Toledo, y hará lo que le mandare: hable Búrgos.»

—Sí que fue ingenioso y prudente el medio.

—Y que atajó males que pudieran haber sido de gran consideracion. Esta fórmula siguióse usando en las Cortes siguientes por mucho tiempo. Zanjada esta dificultad, comenzóse la gran reforma de la legislacion castellana, formándose el gran cuerpo de leyes conocido bajo el nombre de *Ordenamiento de Alcalá;* de la misma manera que á peticion del Monarca se declaró ley del reino el famosísimo código de las *Siete Partidas,* hecho por Alfonso el *Sábio,* bisabuelo del Alfonso de que nos ocupamos.

—¿De modo que las *Siete Partidas* no empezaron á regir hasta entonces?

—No; hasta esa fecha no tuvieron fuerza de ley.

—Y respecto á los subsidios que el Monarca necesitaba ¿qué resolvieron aquellas Cortes?

—Á pesar de la general penuria y escasez que reinaba, teniendo en consideracion tanto lo exhausto que estaba el real tesoro, cuanto el objeto de que se trataba, consintieron que siguiese cobrándose la alcabala, que era un impuesto con el cual se gravaban las compras y ventas, sin que se pudieran eximir de él ni los caballeros ni los hijosdalgo.

—¿Y al fin realizó su empresa contra Gibraltar?—preguntó Sacanell.

—Perdió la vida sin poder darle feliz término. Declaróse la peste en el campo cristiano, y allí sucumbió el Monarca con la flor de sus caballeros.

—¿Y el sucesor de D. Alfonso XI no hizo nada por Alcalá, ni ocurrió nada notable en esta poblacion durante su reinado?

—Ya no podemos ocuparnos de Alcalá hasta el reinado de D. Juan I.

—¿En qué año?

—En 1390; cuarenta y dos años despues de las Cortes de que os acabo de hablar.

XIV.

Muerte de D. Juan I de Castilla, ocurrida en Alcalá de Henares.

Al cabo de algunos momentos de reposo, Azara continuó su narracion en estos términos:

—Por fallecimiento del rey D. Enrique II subió á ocupar el solio castellano su hijo D. Juan I, mancebo de veinte y un años, y que desde los primeros momentos comenzó á dar pruebas de la rectitud y madurez con que habia de gobernar sus Estados.

—¿Pues qué disposiciones notables tomó?

—Dejando para cuando en el curso de nuestro viaje lleguemos á Búrgos el ocuparnos de las Cortes que celebró allí, solo os diré que ordenó á los alcaldes de todos los pueblos que no consintieran la vagancia ni la mendicidad, que obligasen á todo el mundo á ejercer un oficio ó una profesion que les permitiera mantenerse con decencia, imponiendo la pena de cincuenta azotes á los que se cogiera mendigando, y se les arrojase inmediatamente del lugar. Del mismo modo tambien corrigió grandes é inveterados abusos que cometian los jueces, los alguaciles y los arrendadores de las rentas.

—¡Buena manera de inaugurar su reinado!

—Precisamente dos acontecimientos ocurrieron por ese tiempo que pusieron en relieve tanto su severidad para castigar el crímen como su generosidad y su compasion rèspecto á la desgracia y el infortunio.

—¿Cuáles fueron?

—El uno fue que unos judíos obtuvieron, por medio de una sorpresa y sin decir al Monarca el verdadero objeto que se proponian, un alvalá ú órden para proceder contra otro judío. Mas como lo que deseaban no era solamente el proceder en justicia contra él, sino su muerte, hicieron servir aquel documento para conseguirlo.

—¡Qué infamia!

—Llegó el Monarca á saberlo, é inmediatamente condenó á la última pena á los que así le engañaron, sin que bastaran á doblegar su resolucion las súplicas y los ruegos de aquellos desdichados.

—¿Y el segundo acontecimiento?

—Llegaron por entonces á Castilla dos enviados del rey de Armenia, Leon V, á quien habia hecho cautivo el Soldan de Babilonia. Estos mensajeros iban recorriendo todos los reinos de la cristiandad para que sus monarcas se interesaran con el Soldan á fin de obtener la libertad de su señor.

—Exigiria sin duda el infiel un cuantioso rescate.

—No; preciábase mas de que otros reyes le suplicasen, que del oro que pudieran

darle. Así lo manifestaron los indicados enviados á D. Juan I, añadiéndole que estimaria que les diese algunos objetos que fuesen desconocidos en aquellas apartadas regiones. El Monarca entonces, además de cartas muy expresivas para el Soldan, envióle un presente compuesto de halcones, gerifaltes, escarlatas y joyas de gran valor artístico.

—¿Y dió buen resultado su intercesion?

—Ya lo creo; tiempo adelante encontróse, estando en Badajoz, con la visita del príncipe armenio que venia á darle las gracias y que era portador de cartas del Soldan para el Monarca castellano. D. Juan le recibió afectuosamente, le hizo algunos regalos, y le dió para toda su vida las villas de Madrid, Villareal y Andújar con todas sus rentas.

—Generoso estuvo.

—Y sin embargo, este Monarca, que tantas pruebas de prudencia y discrecion dió durante su corto reinado, se dejó arrastrar por un ardor injustificable en la desgraciada batalla de Aljubarrota.

—Es verdad que fue en este tiempo.

—Los ancianos guerreros, los caballeros entendidos en la guerra aconsejáronle que no aceptase la batalla que los portugueses le presentaban.

—¿Acaso estaban en menor número los castellanos?

—Por el contrario, Castro; los portugueses eran inferiores, pero el ejército castellano estaba fatigado y hambriento; las posiciones que ocupaba eran desfavorables, mientras que los contrarios poseian las mas ventajosas, y el rey D. Juan I, enfermo, tenia que ser conducido en una litera.

—¿Por qué no escuchó los consejos de la experiencia?

—Los guerreros jóvenes consideraban como deshonroso el retroceder ante el enemigo siendo superiores en número, y el Monarca condescendió con sus deseos.

—Creo que fue un combate terrible—dijo Castro.

—Supónese que perecieron en él sobre diez mil soldados castellanos, sin contar los valientes capitanes y nobles caballeros que sucumbieron.

—¿Y cómo pudo escapar el Rey?

—Al ver que el combate se iba poniendo mal para los castellanos, sacaron al Monarca de la litera é hiciéronle cabalgar sobre una mula; mas cuando ya se pronunció en fuga toda la hueste, el mayordomo del Rey, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, dióle su caballo, y así pudo correr las once leguas que le separaban de Santarem, donde se embarcó para Lisboa.

—¡Desgraciada batalla!

—Poco feliz fue este Monarca en sus empresas guerreras. Generalmente cuantas emprendió no correspondieron á sus esperanzas. Mas á propósito para dar buenas leyes á su país, para moralizarle y beneficiarle y para defenderle de extrañas agresiones, al querer tomar la iniciativa, ó sus dolencias le servian de obstáculo, ó las condiciones en que emprendia la guerra le eran desfavorables. Una de las particularidades de este reinado es que desde él se dió al heredero de la corona el título de Príncipe

de Astusias, á semejanza ó inspirado tal vez, como suponen algunos historiadores, del título de Príncipe de Gales dado al heredero de la corona de Inglaterra.

—Pero hasta ahora no nos has dicho nada de lo que ese buen Rey hizo por Alcalá.

—Precisamente el acontecimiento que respecto á su reinado registra la historia de Alcalá, se refiere á los últimos momentos de su vida.

—¿Acaso murió aquí?

—Sí; buscando un clima mas templado para pasar la temporada de invierno, se vino á esta poblacion donde habian de reunírsele la reina y sus hijos. El dia 9 de octubre de 1390 salió el Rey á caballo acompañado del arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, y de varios caballeros de la corte, á presenciar los ejercicios de una compañía de *farfones* ó ginetes que montaban y peleaban á la usanza morisca. Al atravesar un barbecho picó espuelas al corcel, que salió á galope, y tropezando, dió en tierra, cogiendo debajo al jinete, que quedó aplastado bajo su peso, en términos que, cuando llegó el Arzobispo y los demás personajes de su séquito, ya habia espirado.

—¿Cuánto tiempo reinó?

—Unos once años y medio. El arzobispo de Toledo, de acuerdo con los caballeros que acompañaban al Rey y de los médicos á quienes mandó á buscar inmediatamente, hizo correr la voz durante algunos dias de que el Rey estaba enfermo, y mientras tanto mandaba cartas á todas las ciudades diciéndoles que el Rey estaba en peligro y que era su voluntad que, despues de su muerte, reconocieran como leales á su hijo por rey de Castilla.

—¡Buena precaucion!

—Es que el Arzobispo de que os hablo era persona de grandes conocimientos y de quien en el curso de nuestro viaje tendrémos ocasion de hablar mas de una vez.

XV.

D. Enrique III (el Doliente).—D. Juan II.—D. Enrique IV.—Acontecimientos ocurridos en Alcalá durante estos tres reinados.

—De modo que, con la muerte de D. Juan I, habria de pasar Castilla por otra nueva minoría.

—Tan desastrosa y tan triste como todas las que pasó. Desde los primeros momentos comenzaron las disensiones, que por fin llegaron á tomar un carácter bastante grave. El príncipe D. Enrique contaba once años al fallecimiento de su padre, y cuando se estaba tratando de la forma en que se arreglaria la regencia, el canciller D. Pedro Lopez de Ayala manifestó la existencia de un testamento firmado por el Rey en 1385, en Celoneo de la Vera, antes de la batalla de Aljubarrota, en el cual designaba las personas que en caso de su fallecimiento habian de desempeñar el Gobierno durante la menor edad de su hijo, aun cuando posteriormente habia manifestado deseos de revocarle, especialmente en lo que á aquellas se referia.

—Ya preveo que este documento seria orígen de muchos disgustos.— exclamó Pravia.

—¡Oh! sin él los hubiera habido tambien, porque aquellos señores todos aspiraban á lo mismo, á arrancar un pedazo de la púrpura real que pisoteaban y ultrajaban á su antojo. El arzobispo de Toledo queria que la regencia fuese con arreglo á lo dispuesto en la ley de Partidas; el arzobispo de Santiago, el conde de Trastamara, el duque de Benavente y el marqués de Villena se oponian, y de aquí se originaron acaloradas controversias.

—¿Pero se buscó el testamento del Monarca?

—Sí, pero nadie hizo caso de él, tratándose hasta de arrojarle al fuego. El Prelado toledano, á pretexto de que contenia algunas mandas para su iglesia, le recogió y le guardó. Entre tanto habian llegado á un acuerdo, optándose por un Consejo de regencia en que entrasen el de Benavente, Villena y Trastamara, los maestres de Calatrava y Santiago, varios caballeros y ricos homes y ocho procuradores de las ciudades y villas. El arzobispo de Toledo, que firmó de mala gana este acuerdo, separóse á poco tiempo de la corte, escribió cartas á las ciudades, á los reyes de Francia y Aragon y al Papa, remitiéndoles copias del testamento de D. Juan I, excitando á todos á que consideraran al Consejo ilegal y usurpador.

—Sí que se pondria bueno el reino.

—Dividióse en dos bandos, llegando en muchas poblaciones á vias de hecho, ocasionando con esto las perturbaciones consiguientes.

—¿Pero no pudo llegarse á una avenencia?

—Sí, mas se rompió en seguida, y los disgustos y las exacciones prosiguieron de tal manera que el jóven Monarca vióse obligado á tomar la gobernacion del reino dos meses antes de cumplir los catorce años.

—¿Y no encontró oposicion?

—Por ningun estilo; los pueblos se felicitaron, porque supusieron que peor de lo que estaban no estarian, y el niño Rey desde sus primeros actos demostró las grandes cualidades que le adornaban. Comprendió que era necesario obrar con severidad y energía con aquella nobleza díscola y ambiciosa, y así lo hizo, consiguiendo que forzosa ó voluntariamente fuéran presentándosele y poniéndose de su parte los que mas le hostilizaban. En el año de 1394 hallábase el jóven Monarca en Alcalá, cuando llegaron los mensajeros enviados por el rey Cárlos el *Noble*, de Navarra, al objeto de suplicar al castellano interpusiese su mediacion para que la reina D.ª Leonor, tia de D. Enrique, pasase á Navarra á reunirse con su esposo, que lo era aquel rey, del cual estaba separada siete años hacia.

D. Enrique III (el Doliente).

—¿Qué causa hubo para ello?

—La Reina se quejaba de malos tratos por parte de su esposo.

—Supongo que D. Enrique conseguiria la reconciliacion.

—Sí; costóle no pocos esfuerzos, pero al fin, y prévias las seguridades dadas por el

navarro de que la respetaria y la trataria con todas las consideraciones que merecia, consiguió que regresara al lado de su esposo.

—¿Celebró este Monarca algunas Cortes en Alcalá?

—Sí, y precisamente fueron de gran importancia. El gran cisma que traia conmovida á la Europa tantos años hacia, no podia menos de alcanzar á Castilla. Los monarcas anteriores á Enrique III habian procedido con gran tino y circunspeccion en este asunto, y nuestro jóven Rey, que forzosamente tenia que tomar un partido en tan árduo negocio, no queriendo proceder por sí, congregó en Alcalá una Asamblea de prelados y doctores para que resolvieran en aquella gran contienda sostenida entre Avignon y Roma, y cada dia mas encarnizada por la inflexibilidad del antipapa Benedicto XIII.

—Curioso será el acuerdo tomado por aquella asamblea.

—Resolvióse en ella cási por unanimidad apartarse de la obediencia de Benedicto, decretándose unas constituciones especiales para la gobernacion de las iglesias de Castilla, en virtud de la cual se sometian á la autoridad y jurisdiccion de los arzobispos y obispos las provisiones de beneficios y dignidades, y demás negocios eclesiásticos, hasta tanto que hubiera en la Iglesia una sola cabeza.

—¿Y se llevó á cabo?

—Desde luego; mas al cabo de algunos años, como quiera que no se sabia cómo obrar en este delicado asunto, sin saber ni si se obraba bien ni mal, á imitacion de lo que hicieron otros monarcas cristianos, volvió Castilla á la obediencia de Benedicto XIII, aun cuando bajo la condicion de que se reuniera cuanto antes un Concilio general que decidiese quién era el verdadero Pontífice.

—Despues de aquel acontecimiento ¿no ocurrió hecho notable alguno en Alcalá?—preguntó Castro.

—Sí; en 1405 recibió Enrique III en Alcalá á los embajadores que habia enviado al famoso conquistador tártaro Timur Lenk, conocido vulgarmente por el Gran Tamorlan.

—¿Para qué fué esta embajada?

—Era un capricho de los monarcas de aquel tiempo, cuando disfrutaban algunos períodos de paz, enviar embajadores á lejanos países, bien para establecer relaciones amistosas con aquellos reyes, ya por ostentar su poder y conocer otras costumbres. Despues de esto ya no guarda Alcalá otra memoria de Enrique III.

—De modo que ya deberás ocuparte de su sucesor.

—Bien poco os puedo decir de D. Juan II. Su reinado harto calamitoso, preñado de revueltas y trastornos, no se significó por ningun hecho verdaderamente notable. Alcalá albergó algunas veces al arzobispo de Toledo, otras fue tomada por los caballeros que obedecian á esta ó á aquella parcialidad, y nada ganó, ningun beneficio obtuvo en tan deplorable reinado.

—Al menos en el de su sucesor obtendria alguna compensacion.

—Ninguna; porque si desafortunado fue el reinado de D. Juan II, el de su hijo Enrique IV lo fue mucho mas todavía.

—¿Es este el conocido en la historia bajo la denominacion de *El Impotente*?

—El mismo. Imbécil y cobarde, juguete de parcialidades y de intrigas, en medio de una nobleza cada vez mas altanera y mas exigente, sin fuerza ni dignidad para enfrenarla y hacerse respetar, su reinado fue una calamidad para el país.

Enrique IV (el Impotente).

—De manera que tampoco Alcalá obtuvo nada de este Rey.

—Sí; cúpole tambien su parte en los trastornos y desventuras de aquella época. Ciudad que pertenecia al arzobispo de Toledo, y este, amigo al principio del Monarca, y despues partidario de sus enemigos, natural era que sirviese de asilo, bien á los conjurados, bien á los que les ayudaban. Así vemos que el famoso marqués de Villena y el Prelado toledano se vinieron á Alcalá á preparar todos los elementos para el bochornoso y repugnante acto de Ávila.

—¿Cuál? ¿Aquel en que se simuló la deposicion del Monarca legítimo y se coronó á su hermano D. Alfonso?

—Justamente. Poco despues Alcalá, como otras muchas poblaciones, se vió infestada de bandidos, consecuencia lógica de los armamentos y desarmes que á cada instante estaban haciendo, tanto los nobles turbulentos como el rey ó su favorito D. Bertran de la Cueva, y tales y tan grandes eran las fechorías de aquellos malvados, que hizo necesario que los pueblos se uniesen unos con otros, por medio de hermandades, para combatirlos y dar fin con ellos. Y en Alcalá, en enero de 1466, dispuso el Rey que la villa de La Guardia formase hermandad con la de Vitoria para rechazar y perseguir á los malhechores.

—Pero mientras subsistieran las revueltas difícil seria conseguir la extincion de semejante plaga, puesto que su principal alimento le recibirian de ellas.

—Naturalmente; y como el reinado de que hablamos fue precisamente una série no interrumpida de trastornos y conmociones, durante él, entre las depredaciones de los nobles, los castigos hechos por los de uno ú otro bando y las fechorías de la gente maleante y aventurera que recorria el reino, este se hallaba en la mayor miseria y desconcierto.

—Sí que el reinado de D. Enrique fue una gran desgracia.

—Despues de aquellos gloriosos reinados de los Alfonsos y de los Fernandos, duele y contrista ver la decadencia y la abyeccion de los de D. Juan II y su hijo, páginas de vergonzosas debilidades y de perjurios y felonías que ennegrecen la historia patria.

—En cambio el reinado siguiente, que creo es el de los reyes católicos, fue rico y grande ¿no es así?—dijo Castro.

—Ya lo creo, y ya en él tuvo Alcalá otra participacion, segun veréis ahora.

XVI.

Desde Isabel I hasta el advenimiento de la casa de Borbon.

—En circunstancias bien difíciles por cierto—dijo Azara,—ocuparon el solio de Castilla los reyes católicos. Por el casamiento de D.ª Isabel, hermana de Enrique IV, con D. Fernando, heredero del trono de Aragon, las dos coronas quedaban unidas para siempre. La nobleza castellana, avezada á las revueltas y á los atropellos, no era posible que prestara un firme apoyo al trono, y únicamente la prudencia de D.ª Isabel y el esfuerzo de su esposo consiguieron enfrenarla, y poco á poco arrebatarle tantas posesiones como disfrutaba pertenecientes á la corona.

—Pero ¿qué nobles fueron los mas opuestos á los nuevos Monarcas?

—Muchos, y especialmente el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y otro gran número de caballeros que fomentaban y ayudaban poderosamente al rey de Portugal en sus pretensiones al solio castellano.

—¿Pues no habia sido antes ese mismo arzobispo de Toledo contrario de D. Enrique IV y amigo, por lo tanto, de la princesa Isabel?

—Sí; pero como en aquellos tiempos se tenia tan en poco la fe empeñada, el Arzobispo estaba resentido de la privanza que con la Reina disfrutaba el cardenal Mendoza, y de aquí el apartarse del servicio de D.ª Isabel, pasarse al bando portugués, y

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO, CON UN RAZONADO JUICIO DE LOS ACONTECIMIENTOS RELIGIOSOS, POLÍTICOS Y SOCIALES DE LA ÉPOCA, RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO, Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO, CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE ROMANA Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.—OBRA ESCRITA POR LOS REVERENDOS D. EDUARDO MARÍA VILARRASA, CURA PROPIO DE LA PARROQUIA DE LA CONCEPCION Y ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA EN BARCELONA, Y D. EMILIO MORENO CEBADA, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA: AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.—ESPLÉNDIDA EDICION ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ, REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.

La obra que ofrecemos al ilustrado público español no es solo la historia de un hombre, ni la de un reino; la vida de Pio IX abarca uno de los periodos mas fecundos que relatan los anales del género humano. Agitada su cuna por el oleaje de la revolucion francesa, que imprimió sello y carácter á las revoluciones sucesivas, el nacimiento de nuestro gran Pontífice coincidió con la eflorescencia de una multitud de hombres que debian alcanzar celebridad deplorable unos, otros honrosísima; las vicisitudes que la Iglesia sufrió á consecuencia de la radical conmocion que á últimos del siglo sintieron los pueblos, ya en órden á las doctrinas, ya en órden á la politica, dió naturalmente extraordinaria importancia á defensores y adversarios de la causa católica, en las escuelas y en los gabinetes. Las notabilidades suscitadas por la restauracion religiosa se enlazan con la primera juventud de nuestro Pontífice, como se relacionan con su nacimiento y niñez los colosos engendrados por la revolucion enciclopédica.

Elevado, en edad relativamente juvenil, á la mas alta dignidad de la tierra, Pio IX, clave sagrada del magnífico edificio de la civilizacion cristiana, ha tenido á su sombra las eminencias sociales, y la acertada manera como ha aplicado las altísimas máximas de la moral católica á la marcha de la sociedad fiel le constituye lumbrera siempre fulgurante de los inteligentes dóciles á la palabra de Dios.

Regulador de las soberanías, protector de los pueblos, fomentador del progreso verdad, Pio IX está íntimamente relacionado con todos los grandes sucesos y con todos los eminentes personajes religiosos y politicos de nuestra época.

Escribir la historia de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su pontificado es escribir las evoluciones sociales acontecidas desde el destronamiento de Luis XVI hasta las tremendas catástrofes de que es el mundo funesto teatro.

Esto es lo que se han propuesto hacer los autores de esta obra, cuyo primer tomo ha merecido la mejor acogida por todas las personas amantes de la historia y de la bella literatura. Esperamos que el segundo y último, que ha de abrazar los principales hechos del gran pontífice Pio IX, y los importantes acontecimientos politicos y religiosos de estos últimos tiempos, no desmerecerá en nada del anterior.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra sale por entregas de 16 páginas en 4.° mayor, de excelente papel y esmerada impresion; adornada con láminas sueltas, al precio de

UN REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA.

Atendido á que ha terminado la publicacion del tomo primero y han visto la luz algunas entregas del segundo, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial.

Puntos de suscripcion.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscriptores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo*, *Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.